



Introducción al dossier “Trabajo, trabajadoras y trabajadores en España y Latinoamérica, siglos XVI-XIX: contribuciones para una historia social del trabajo urbano”

JEAN-PAUL ZUÑIGA

École des Hautes Études en Sciences Sociales

jean-paul.zuniga@ehess.fr

JOSÉ ANTOLÍN NIETO SÁNCHEZ

Universidad Autónoma de Madrid

jose.nieto@uam.es

GABRIELA MITIDIERI

Instituto de Investigaciones de Estudios de Género, Univ. de Buenos Aires

gmitidieri@gmail.com

La historia del trabajo ha cambiado sustancialmente en los últimos años. Si en las décadas de 1970 y 1980 fueron sobre todo los historiadores económicos quienes se interesaban por las cuestiones de historia del trabajo –rasgo que se ha mantenido en gran medida hasta nuestros días–, no es extraño que la crisis que atravesó la historia económica en la década posterior acabase afectando a la historiografía laboral.¹ En efecto, en esos años noventa, desde

¹ La mayoría de los grandes nombres de la historia del trabajo son efectivamente historiadores económicos o trabajan (o han trabajado) en departamentos de historia económica, como Stephan R. Epstein, Maarten Prak, Joel Mokyr y John Tutino. Si bien los trabajos más recientes de Ana Bellavitis, Corine Maitte y José A. Nieto adoptan un enfoque social, se inscriben muy claramente en una orientación de historia económica.



diferentes perspectivas, varios estudios constataban la “desorientación” de la historia del trabajo. En su diagnóstico se mezclaba la “confusión” con la “insatisfacción” y “frustración” creada por la crisis de los grandes relatos. La solución que se ofrecía era, o bien profundizar en nuevas líneas de investigación propias de la historia del trabajo, o bien la historia cultural.²

La crisis de la historia del trabajo afectó sobremanera a los estudios más estructurales que analizaban de forma clásica la organización de los sistemas productivos. Mientras en los años setenta y ochenta fueron muy pujantes las investigaciones sobre los sistemas domésticos y mercantiles de producción – el *kaufsystem* y el *verlagssystem* –, una crítica demoledora a la teoría de la protoindustrialización acabó por desplazar el foco de las investigaciones desde la oferta rural a la demanda urbana de bienes manufacturados.³ Los estudios protoindustriales de, primero, Franklin Mendels, y después, Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm, dejaron paso a los de Neil McKendrick y sus seguidores.⁴ Derrotado Prometeo, la victoria de Hermes dejó un reguero de estudios sobre el consumo, la venta de objetos, la moda o el lujo.⁵ Maxine Berg abrió sin embargo una vía de entendimiento entre los triunfantes seguidores de Hermes y el vencido Prometeo, en un estimulante trabajo colectivo que relacionaba manufacturas y mercados. Mientras tanto Miño Grijalva no dejó de editar sus estudios sobre la diversidad organizativa de la producción industrial latinoamericana, y Jane Humphries, en su estimulante pulso con Robert Allen, nos ha mostrado como en la misma Inglaterra los vínculos familiares estuvieron muy presentes en los primeros momentos de la industrialización y que habría que prestar más atención a los ingresos que las hilanderas y sus hijas aportaban a la unidad doméstica.⁶

² Curiosamente en el mismo año 1996 se editaron en el ámbito español dos obras que ahondaban en sendas salidas. De la primera propuesta participaban Victoria López y José A. Nieto (eds.), *El trabajo en la encrucijada. Artesanos urbanos en la Europa de la Edad Moderna* (Madrid: Taller de Historia & La Catarata, 1996); de la segunda, y de la que proceden los entrecomillados, James Amelang, “Las culturas del trabajo”, en *El trabajo a través de la historia*, Santiago Castillo (coord.), (Madrid: Asociación de Historia Social & UGT, 1996), 149-160.

³ Jaume Torras Elias, “La protoindustrialización: balance de una peripecia historiográfica”, *Áreas*, 10 (1989): 83-88.

⁴ Franklin F. Mendels, “Proto-Industrialization: The First Phase of the Industrialization Process” *The Journal of Economic History*, 32 (1), (1972): 241-261; Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm, *Industrialización antes de la industrialización* (Barcelona: Crítica, 1986); Neil McKendrick, John Brewer y John Harold Plumb, *The Birth of a Consumer Society: The Commercialization of Eighteenth-Century England* (Bloomington: Indiana University Press, 1982).

⁵ Ver sobre este tema Daniel Roche, *Histoire des choses banales. Naissance de la consommation dans les sociétés traditionnelles (XVIIe- XIXe siècles)*, (Paris: Fayard, 1997).

⁶ Maxine Berg (ed.), *Mercados y manufacturas en Europa* (Barcelona: Crítica, 1995); Manuel Miño Grijalva, *La protoindustria colonial hispanoamericana* (México:

Porque esta última era la base de reproducción de buena parte de los trabajadores y las trabajadoras que impulsaron desde abajo, antes y después, las transformaciones del sistema de producción imperante en el sector industrial.

Dentro de este marco de corte económico, es necesario insistir igualmente en los importantes avances sobre la historia del trabajo artesanal que han acompañado toda la reflexión sobre el trabajo urbano. Entre finales de la misma década de los años noventa y el comienzo del siglo XXI, la labor pionera de Larry Epstein, seguida por Hugo Soly, Catherina Lis o Maarten Prak, comenzó a desbrozar lo que al final acabó fraguando en la corriente del “retorno gremial”, una línea de estudios que ha reconfigurado la visión de las corporaciones de oficio y la economía urbana, así como el papel del aprendizaje artesano en la innovación y transmisión del conocimiento técnico.⁷ En todos estos aspectos, por lo tanto, cabe subrayar que, de manera “estructural” se podría decir, los altibajos de la historia económica han terminado afectando al campo de la historia laboral, con periodos de auge y de desafección muy similares en términos de investigación y de producción historiográfica.

En el caso hispanoamericano, los estudios de historia económica se han centrado durante mucho tiempo en los periodos “preindustrial” y “protoindustrial”, en un enfoque no exento de cierto carácter finalista o teleológico a la hora de analizar sociedades de Antiguo Régimen. En efecto, si este sesgo ya constituía un peligro potencial en el caso de la historiografía económica europea sobre el trabajo,⁸ en el caso latinoamericano los estudios sobre el trabajo en la Edad Moderna se concibieron en gran medida como un prelude al proceso de “industrialización” y a la aparición de las clases obreras en los siglos XIX y XX.⁹ En especial, la historiografía sobre los obrajes, y en

Fondo de Cultura Económica, 1993); Robert C. Allen, “The High Wage Economy and the Industrial Revolution: A Restatement”, *Economic History Review*, 68-1 (2015): 1–22; Jane Humphries y Jacob Weisdorf, “The Wages of Women in England, 1260–1850”, *The Journal of Economic History*, 75 (2), (2015): 405–447.

⁷ Stephan R. Epstein y Maarten Prak (eds.), *Guilds, Innovation, and the European Economy, 1400–1800* (Cambridge: Cambridge University Press, 2008); Jan Lucassen, Tine De Moor y Jan L. van Zanden (eds.), “The Return of the Guild”, *International Review of Social History*, Supplement 16, Cambridge, 2008.

⁸ Este aspecto es patente en la mencionada reciente disputa entre Robert Allen y Jane Humphries sobre la economía de altos salarios del siglo XVIII británico y su importancia para explicar la Revolución Industrial. Ver Jane Humphries y Benjamin Schneider, “Losing the Thread: A Response to Robert Allen”, *The Economic History Review*, 73 (4) (2020): 1137–1152.

⁹ Este aspecto es particularmente sensible en la presentación de Sonia Pérez Toledo al libro *Pensar la historia del trabajo y los trabajadores, siglos XVIII y XIX*,

particular la disputa sobre su calificación ya sea como talleres de gran envergadura, como manufacturas o como fábricas, está ligada en gran medida a este enfoque.¹⁰

Dejada atrás en términos de éxito historiográfico por los diversos *turns* o “giros” de finales del siglo XX y principios del XXI, la historia económica ha visto cómo se reducía el interés por sus temas habituales. El auge de estos nuevos enfoques —giro posmoderno a finales de los años setenta y su avatar, el *postcolonial turn* (años noventa en Europa)¹¹; *gender turn* (mediados de los años ochenta); *linguistic turn* que afectó a Europa a finales de los años ochenta; *spatial turn* (mediados de los años noventa)¹²— canalizó sin duda el entusiasmo de los investigadores, así como el apoyo de las editoriales y la creación de nuevos departamentos de investigación *ad hoc* en las universidades del mundo anglófono.¹³ Ahora bien, en todas estas nuevas corrientes el interés de los historiadores se centró en gran medida en los estudios culturales. Esto se debe al hecho de que estos “turns” se desarrollaron principalmente en departamentos de literatura y de historia, sobre todo en Estados Unidos e Inglaterra, y se nutrieron de intercambios con la filosofía social y la psicología, con especial énfasis en la así llamada “*french theory*”,¹⁴ distanciándose a veces de manera abiertamente crítica de la historia económica y social.

Mención aparte cabe hacer a la aportación que en las últimas décadas han hecho las investigaciones sobre el trabajo urbano en clave de género. Estos estudios no solo han conseguido arrojar luz sobre ramas de actividad

Sonia Pérez Toledo y Sergio Paolo Solano (coord.) (Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2016), 9-17.

¹⁰ Richard Salvucci, *Textiles and Capitalism in Mexico: An Economic History of the Obrajes, 1539-1840* (Princeton: Princeton University Press, 1988); Manuel Miño Grijalva, *Obrajes y tejedores de Nueva España, 1700-1810* (Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1990); y Carmen Viqueira y José Ignacio Urquiola, *Los obrajes en la Nueva España, 1530-1630* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 1990).

¹¹ Pero desde los ochenta en los Estados Unidos, a partir de la lectura de Said y de Bhabha a la luz de la “*french theory*”.

¹² Aunque la primera mención al tema se atribuye habitualmente a Edward W. Soja en *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory* (Londres: Verso, 1989). Este libro fue seguido por el artículo fundamental de David N. Livingstone, “The spaces of knowledge: contributions towards a historical geography of science”, *Environment and Planning D. Society and Space*, 13-1 (1995): 5-34, que lanza realmente el “giro” historiográfico.

¹³ Sobre este fenómeno, y sobre la imposición de las problemáticas sociales de los Estados Unidos como modelo universal de análisis, ver Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, “On the Cunning of Imperialist Reason”, *Theory, Culture & Society*, 16-1 (1999): 41-58.

¹⁴ Nombre dado localmente a la recepción y apropiación anglo-americana de los trabajos de Foucault, Derrida y Deleuze.

feminizadas en las ciudades o el modo en el que diferentes capitales configuraron circuitos de itinerancia y migración laboral abiertos a mujeres; también han contribuido a cambiar el punto de mira para estudiar la historia del trabajo y enfocar los espacios domésticos de esas ciudades como sitios de labor industrial a domicilio, de trabajo reproductivo, de faenas domésticas remuneradas y no remuneradas, de antesala productiva para aquellas que salían a vender en los mercados urbanos. A su vez, han mostrado que estudiar tales sitios –tantas veces considerados espacios fuera de la historia, tal y como lo fueron las mujeres que trabajaron allí– vuelve ineludible el estudio de la pervivencia de arreglos laborales no enteramente libres ni asalariados que involucraron a mujeres y niños en el contexto de los procesos de modernización urbana.¹⁵

Los artículos de este dossier¹⁶

Los estudios presentados en este dossier abordan de lleno estos debates y sus divergencias, enfocando la historia del trabajo no como un campo reservado a la historia económica, sino convirtiendo a aquella en objeto central de una *historia social renovada*, y dando al mismo tiempo una rotunda respuesta a la

¹⁵ Mirta Zaida Lobato, *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, (Buenos Aires: Edhasa, 2007); Lara Putnam, *Género, poder y migración en el Caribe costarricense, 1870-1960* (Costa Rica: INAMU, 2013); Marie François, “La lavandería, la producción cultural y la economía política en la ciudad de México”, en *Género en la encrucijada de la historia social y cultural de México*, Susie Porter y María Teresa Fernández Aceves (eds.), (Morelia: El Colegio de Michoacán y CIESAS-Occidente, 2015), 54-93; Cristiana Schettini Pereira, “El negocio del prostíbulo: poder municipal y trabajo sexual. Buenos Aires, 1870-1887”, en *Vivir con lo justo. Estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género*, Andrea Andújar et al. (eds.), (Rosario: Prohistoria, 2016), 37-62, y “El dinero de las prostitutas. Trabajo sexual y circuitos inmigratorios entre Río de Janeiro y Buenos Aires (1907-1920)”, en *Historias Cruzadas. Diálogos historiográficos sobre el mundo del trabajo en Argentina y Brasil*, Juan Suriano y Cristiana Schettini (comp.), (Buenos Aires: Teseo, 2019), 177-208; Cecilia Allemandi, *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)*, (Buenos Aires: Teseo, 2017); Rafaela Sarti, Anna Bellavitis y Manuela Martini eds., *What is work? Gender at the crossroads of home, family and business from the early modern era to the present* (Nueva York & Oxford: Berghahn Books, 2018); Fabiane Popinigris y Paulo Cruz Terra, “Classe, raça e a história social do trabalho no Brasil (2001-2016)”, *Estudos Históricos Rio de Janeiro*, 32 (66) (2019): 307-328.

¹⁶ Varios de los artículos de este dossier fueron discutidos en la mesa “Las ciudades del trabajo” coordinada por José Antolín Nieto y Jean-Paul Zúñiga en el *III Congreso de la Asociación Iberoamericana de Historia Urbana*, celebrado en Madrid en noviembre de 2022. Agradecemos a la organización del congreso por darnos la oportunidad de intercambiar opiniones sobre la temática en cuestión.

angustiada pregunta planteada en 2004 por Patrick Joyce sobre el final de la historia social.¹⁷

Este dossier expone así avances realizados en el área del trabajo urbano en algunos de los territorios de la monarquía hispana, tanto de la propia península ibérica como de la América colonial, entre principios del siglo XVI y finales del siglo XIX. Los lugares elegidos son Granada, Valencia y Madrid; y en Argentina, Buenos Aires. Irrigada por las innovaciones historiográficas que marcaron el cambio de siglo, la historia del trabajo que se propone en este dossier está atenta a la terminología (Garrido, Nieto, Borrás), a las distinciones de género (Mitidieri, Antúnez),¹⁸ a la espacialización de las experiencias laborales (Mitidieri, Antúnez, Garrido, Borrás) y a la importancia de las asignaciones identitarias en la organización del trabajo (Antúnez, Garrido, Mitidieri, Nieto).

El dossier lo abre un artículo relativo al siglo XVI: el elaborado por Jorge Garrido sobre la alfarería granadina a comienzos de esa centuria. A partir de la disputa entre el arrendador de la alcabala del barro y “los alfareros” de la ciudad de Granada en 1517, poco después de la conquista cristiana de la ciudad, Jorge Garrido López plantea problemas fundamentales desde el punto de vista metodológico, en particular la cuestión de lo que ciertas fuentes (las notariales en este ejemplo) pueden y no pueden decir sobre un grupo de trabajadores. En este caso, las fuentes judiciales complementan y sacan a la luz un grupo prácticamente ausente de las fuentes, los olleros moriscos de Granada. Al describir los argumentos de cada bando enfrentado en el pleito que ocupa al autor, esta contribución plantea la cuestión de la “economía moral” de los alfareros (los argumentos que esgrimen remiten a las nociones de lícito e ilícito, justo e injusto) y sus medios de acción (la huelga, ya utilizada el año anterior), los cuales remiten, a su juicio, a una forma de organización y cohesión basada necesariamente en su origen común (musulmán) puesto que, como apunta el autor, no existía ninguna estructura gremial que los aunase.

Andrés Borrás describe en detalle los distintos agentes implicados en la explotación de la nieve en Valencia a fines del Antiguo Régimen, trabajo que establecía un estrecho vínculo entre ciudad y campo. Su punto central es demostrar la existencia de una jerarquía muy clara entre los “trabajadores del frío”, que cubría desde las tareas menos cualificadas hasta los oficios más especializados, y desde las alturas de la Sierra de Javalambre hasta la venta al por menor en las tiendas de Valencia. Todos los oficios y “trabajadores

¹⁷ Patrick Joyce, “¿El final de la historia social?”, *Historia Social*, 50 (2004): 25-46.

¹⁸ Sobre análisis de género e historia social ver Joan Scott, “Revisiting Gender: A Useful Category of Historical Analysis”, *American Historical Review*, 91 (2008): 1053-1075.

urbanos” involucrados en esta actividad –desde los más alejados de la ciudad hasta los desarrollados en el corazón de la misma– estaban estrechamente relacionados con la demanda urbana. Borrás, por tanto, rompe con las habituales fronteras entre historia urbana e historia rural, mostrando los múltiples lazos, económicos y humanos que unían ambas “esferas” en un solo *continuum*. Analizando a los actores y a sus recorridos laborales, y siguiendo la pista de la procedencia de los salarios, Borrás afirma el carácter urbano del trabajo efectuado en la Sierra, ya que fue pagado por urbanos, orientado al consumo urbano y llevado hasta el medio urbano por toda una serie de intermediarios. Análisis de la actividad de cada uno, especialización de los recorridos y circulación de dinero son los instrumentos de este enfoque integrador.

Sandra Antúnez analiza, por su parte, otro medio urbano, el de la corte de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Siguiendo la teoría de los mercados segmentados de trabajo, la autora diferencia entre un mercado primario –o interno– integrado por los artesanos adscritos a la real casa, dotados de nómina y un variado elenco de privilegios; y otro secundario o externo, que era el que masivamente suministró vestuario a la casa real, cobraba por pieza realizada y tenía que satisfacer de su propio bolsillo todos sus gastos personales y el mantenimiento de sus talleres. La autora subraya el caso del primer mercado de trabajo, compuesto por los sastres, las modistas y los sombrereros de la casa de la reina, con sus derechos y privilegios, quienes vivían y trabajaban en la corte o en barrios cercanos. Todos estos artesanos eran pocos, lo que obligaba a que se viesan ampliamente complementados por una marabunta de sastres y sombrereros “subcontratados”, que cobraban por encargo u obra. Pese a su precariedad, su actividad les podía llevar a veces a convertirse en artesanos “en nómina” de la corona. No está de más añadir que las normas de reproducción de ambos mercados de trabajo eran muy distintas: mientras que en la casa real primaban las relaciones endotécnicas y la recomendación, en el mercado secundario la reproducción no estaba confinada a la propia y exclusiva de los lazos consanguíneos. Esta primera gran división laboral se veía agravada por una desigualdad de género estructural, expresada esencialmente a través de los estipendios más altos que alcanzaban los sastres con respecto a las mujeres.

Tomando como terreno una ciudad del otro lado del océano, el artículo de José A. Nieto sobre el aprendizaje en Buenos Aires entre 1729 y 1832 ofrece el reto de estudiar esta fase de instrucción en una ciudad que carecía de gremios. Es importante remarcar este hecho, pues la mayor parte de los estudios sobre la temática enlazan la problemática del aprendizaje con la propia de las corporaciones de oficio. Y lo que Nieto plantea aquí es, primero, que el aprendizaje trasciende la problemática gremial; segundo, que el

aprendizaje no fue una institución estática en el tiempo, de manera que, pese a la tan cacareada monotonía de los contratos de aprendizaje, estos muestran cambios importantes en su evolución cronológica. Para Nieto, estas transformaciones revelan un cambio de modelo en el período estudiado, pasando de uno que caracteriza como proteccionista/paternalista a otro que considera como plenamente capitalista y de procedencia francesa. En este último modelo, primaban los beneficios obtenidos por parte del empleador más que la enseñanza impartida. En este cambio de modelo las formas retributivas jugaron un papel muy importante, por lo que el artículo se encarga de ver las diferentes evoluciones de este rubro en las principales ciudades virreinales. Este ejercicio sirve al autor para poder incluir también la problemática de la composición étnica de los aprendices, la del trabajo libre y no libre, así como las estrategias de reproducción de los talleres diseñadas por los maestros y la misma procedencia geográfica de maestros y aprendices.

Por último, el artículo de Gabriela Mitidieri recorre también Buenos Aires, pero ahora a mediados del siglo XIX, siguiéndoles el paso a un puñado de modistas y lavanderas. Desde un enfoque microhistórico, que rastrea nombres propios en cédulas censales, avisos clasificados, listados de sociedades de socorros mutuos y recupera miradas de cronistas de la época, la apuesta de la autora es interrogarse por las segmentaciones de un mercado de trabajo urbano en expansión. Entre las modistas destacaban mujeres migrantes oriundas de Francia, quienes ostentaron su origen étnico-nacional como una marca de distinción y elegancia que las ayudó a hacerse con una clientela estable en Buenos Aires. Mientras tanto, sobrerrepresentadas entre las lavanderas se encontraban mujeres africanas y afrodescendientes nacidas en el país, que hallaron en el lavado de ropa una posibilidad de subsistencia; muchas de ellas se dedicaron a esta ocupación en el transcurso de su vida laboral como esclavizadas durante la primera mitad de aquel siglo, y continuaron desempeñándose en el oficio tras lograr su libertad. Tomar estas experiencias de conjunto le da la oportunidad a Mitidieri de indagar en formas peculiares de ocupación y subsistencia femenina que convivieron en aquella ciudad. Al hacerlo, logra mostrar además que esas vidas y trabajos se desarrollaron en espacios diferenciales de circulación, ocio y residencia, signados por desiguales marcas raciales y de clase que se entrelazaron con su género.

Además del valor intrínseco de cada una de estas contribuciones, este dossier ofrece un importante aporte gracias a las preguntas que permite plantear. El conjunto va así mucho más allá de una yuxtaposición de estudios de caso, constituyendo una original puerta hacia nuevos planteamientos y maneras de considerar la historia del trabajo. En primer lugar, como ya indicamos, realiza una integración heurísticamente productiva entre las preocupaciones de la historia social del trabajo y las cuestiones suscitadas por las recientes –y

menos recientes— innovaciones historiográficas, desde la *microstoria* al *spatial turn*. En segundo término, el dossier permite plantear nuevos temas de debate, signo de la vitalidad de las investigaciones en el campo que nos ocupa, a mil leguas de todo desencanto o abandono de la temática laboral por las nuevas generaciones de investigadoras e investigadores.

Tres temas parecen desprenderse de este dossier, y los tres plantean la cuestión de la definición más pertinente de las categorías analíticas que deben retenerse para el estudio del trabajo en la diacronía. El primer tema, que atraviesa todas las contribuciones de este volumen, pero que quizá sea más evidente en las de Garrido, Antúnez y Mitidieri, es el de la identidad. En efecto, las distintas maneras en que los diversos autores de este dossier abordan el tema ponen de manifiesto una tensión no resuelta entre la noción de identidad y la de asignación identitaria.¹⁹ Esta cuestión es tanto más fundamental cuanto que puede poner de relieve la contribución de la historia del trabajo a los debates suscitados por las diversas lecturas críticas de la corriente poscolonial, y especialmente los relativos a la pertinencia de sus temas predilectos, en cuyo centro se encuentran las nociones de cultura, identidad y raza.²⁰ ¿Podemos atribuir comportamientos y sentimientos concretos a aquellos a quienes las fuentes asignan una denominación específica?²¹ ¿Cuál era el significado que se atribuía a los términos “morisco”, “de color”, “francesa”, “indio”, “castas” o “español” en los diferentes contextos y en las diferentes épocas aquí tratadas?²² El hecho de que las distintas contribuciones de este dossier se centren tanto en la vertiente europea como en la americana del mundo hispánico permite extender esta necesaria

¹⁹ Con respecto a la construcción social y local de las asignaciones identitarias, ver Jean-Paul Zúñiga, *Casta, raza, lazo social. El lenguaje de la pertenencia en la América española, ss. XVII-XVIII* (Granada: Universidad de Granada, 2021) y Baptiste Bonnefoy, *Au-delà de la couleur. Miliciens noirs et mulâtres de la Caraïbe (XVIIe-XVIIIe siècles)* (Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2022).

²⁰ Sobre estas cuestiones ver en particular el aporte fundamental de Rogers Brubaker y Frederick Cooper, “Beyond “Identity””, *Theory and Society*, 29-1 (2000): 1-47, así como el del antropólogo francés Jean-Loup Amselle, *Les nouveaux rouges-bruns: Le racisme qui vient* (Fécamp: Nouvelles Éditions Lignes, 2014).

²¹ Sobre los problemas que surgen de la confusión entre las nociones de “categoría” y de “grupo” ver Mara Loveman, “Is “Race” Essential?”, *American Sociological Review*, 64, 6 (1999): 891-898.

²² Aunque solo aparece en ciertas fuentes documentales, es relevante anotar que en 1754, por ejemplo, el gremio de sastres españoles de Lima, incluía a individuos reputados y socialmente considerados como “españoles”, “mestizos” o “mulatos”, con exclusión de los designados como “indios”. Jean-Paul Zúñiga, “Monopole privé ou contrôle public? Les corporations de métier aux Indes de Castille, XVII-XVIIIe siècle”, (inédito). Más sobre la problemática de las castas y los gremios, en José A. Nieto, “Gremios artesanos, castas y migraciones en cuatro ciudades coloniales de Latinoamérica”, *Historia y Sociedad*, 35 (2018): 171-197.

discusión a las distintas *sociedades de conquista*,²³ así como a la pertinencia de este término para caracterizar todas estas realidades.

El segundo tema es el significado que debe atribuirse a las diferentes formas de asociaciones de trabajadores a lo largo del tiempo. En el texto de Garrido, la asociación de los ollereros aparece como una agrupación destinada a defender derechos percibidos como justos por un grupo de artesanos (de ahí que utilice la noción de “economía moral”); en el texto de Nieto, la inexistencia de gremios en Buenos Aires no impide que en su argumentación subyazca una noción de grupo artesano diferenciado; y los comentarios de Mitidieri se refieren más bien a formas próximas a las hermandades y a otras agrupaciones de tipo sindical. Este conjunto de referencias plantea naturalmente la cuestión de las modalidades formales o informales de organización de trabajadoras y trabajadores, así como los problemas que estas formas de asociación podían plantear, sobre todo frente al poder político. Esto se pone claramente de manifiesto en los fascinantes ejemplos presentados por Garrido y Nieto, donde, a pesar de la ausencia de gremios formales, vemos la formación de colectivos capaces de organizar la producción y de defender intereses comunes. Este último aspecto deja ver la dificultad que supone el estudio de actores colectivos más allá de su caracterización formal por las fuentes, lo que nos invita a buscar fuentes alternativas que nos permitan sortear este obstáculo, como propone Garrido.²⁴

El tercer y último tema que se desprende de este dossier es el de los espacios sociales del trabajo: las contribuciones de Borrás, Antúnez y Mitidieri demuestran el interés por explotar este aspecto central en el estudio de lo que la experiencia del trabajo puede suponer en términos de prácticas y de sociabilidad. Si la jerarquización de los espacios puede producir una diferenciación social y/o de género entre quienes ejercen un oficio, ¿qué ocurre con la convivencia en un mismo lugar de trabajo? Los talleres que reúnen a categorías de la población que se presentan documentalmente como diferentes, pero que se dedican a una actividad común (confección, calzado); los lavaderos donde se mezclan mujeres locales y migrantes, y los círculos cortesanos que atraen a modistas de renombre, ¿tienen un efecto sobre la construcción social de las actrices implicadas? Siguiendo el enfoque adoptado

²³ Michel Foucault, “*Il faut défendre la société*”, en *Cours au Collège de France* (París: Gallimard, Le Seuil, 1997), 89 y 240.

²⁴ Sobre el uso de fuentes judiciales, y del litigio, como manera de estudiar los actores colectivos en la Edad Moderna, ver Mathieu Marraud, *Le Pouvoir marchand. Corps et corporatisme à Paris sous l’Ancien Régime* (París: Champ Vallon, 2021).

en la contribución de Borrás, ¿es posible pensar que la propia actividad, más allá de los lugares físicos, genera un espacio social específico?²⁵

Esta pregunta nos permite una nueva mirada sobre la “aparición” de nuevos oficios que, como muestra la contribución de Garrido a este volumen, puede resultar de la deconstrucción de antiguas categorías que agrupaban diversas actividades (como los olleros de Granada, en el caso que nos ocupa), que con el tiempo se independizan y terminan figurando en los documentos como diferentes “oficios” por derecho propio. En estos casos, la aparición documental de estos oficios no reflejaría ninguna novedad, sino más bien la proliferación de personas que los practicaban, es decir, la reciente visibilización de un colectivo.

Las contribuciones aquí reunidas plantean todas estas cuestiones y, al hacerlo, señalan el potencial de una historia social del trabajo atenta a los actores y a las experiencias situadas. Exponen, en suma, tanto la gran riqueza de la investigación actual como los retos a los que nos enfrentamos en un futuro próximo. Valgan como botón de muestra de la mala salud de hierro de la historia del trabajo español y latinoamericano.

²⁵ En esta línea, David Garrioch, “Los zapateros, la sociabilidad artesana y la ciudad”, en *Ciudades en movimiento. Negocios, trabajo y conflictividad en la sociedad española (siglos XVI-XVIII)*, José A. Nieto, Daniel Navarro y Ricardo Franch (eds.), (Madrid: Marcial Pons, 2023), 147-163.